

LOS MUCHACHOS



El Rey del Río de Oro (Véase el cuento).

SEMANARIO CON REGALOS

NÚM 22

DOMINGO 11 DE OCTUBRE DE 1914

10 cts.

EL MODUS VIVENDI

Tetuán, 23, entresuelos.-Madrid

Primera casa de España en confecciones para niños y jóvenes de dos á diez y ocho años.

Últimos modelos de París y Londres.

Uniformes para colegios. Especialidad en la medida.

PRECIO FIJO

Pedir catálogo.

LO SABEN LAS MADRES

Ningún niño muere de la dentición si usa la legítima **Denticina** de Restituto Fernández, sobrino de **Pablo Fernández Izquierdo**. Toda caja metálica lleva dibujada en el centro la marca registrada, el **busto de un niño**, en colores verde y rojo. Rechazad las falsificaciones, que causan graves trastornos en las criaturas.

Caja, 3 pesetas.

MADRID, Sacramento, 2, farmacia

LOS MUCHACHOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Madrid.—FERRAZ, 82.—Teléfono 4.539.—Apartado 218.

SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Semestre. . . 2,50 pesetas.

EXTRANJERO: Semestre. . . 4 francos.

El rey del Río de Oro.

CUENTO, POR JUAN RUSKIN

(Adaptación española)

(CONTINUACIÓN)

Schwartz se alegró pensando que Hans se había convertido en piedra negra, y que así sería todo el oro para él.

en la casa, por lo cual el muchacho entró á trabajar en casa de otro platero, y trabajó tanto, tan bien y con tal ahinco,



Pero Gluck se puso muy triste y pasó toda la noche llorando. Al levantarse por la mañana no había pan ni dinero

que en poco tiempo reunió dinero para pagar la multa que habían impuesto á su hermano y sacarle de la cárcel. Sch-

wartz se puso muy contento al verse libre, y dijo que sería para él todo el oro del río. Pero Gluck le rogó que averiguase qué había sido de Hañs, antes de ocuparse del oro.

Cuando Schwartz se enteró de que Hans había robado el agua bendita, pensó que tal vez no sería del agrado del Rey del Río de Oro semejante procedimiento, y resolvió arreglárselas de otro modo. Del dinero que había ahorrado Gluck sobraba un poco después de pagar la multa, y con él compró agua bendita á un monaguillo granuja. Por la mañana temprano, antes de salir el sol, Schwartz puso un poco de pan y de vino en una cesta, echó el agua bendita en un frasco y se encaminó á las fuentes del río.

Lo mismo que su hermano, se quedó muy sorprendido al ver el venisquero, y lo cruzó con gran dificultad, a un después de haber dejado en el camino la cesta de la merienda.

No había nubes en el cielo, pero el día no estaba claro. Flotaba en el aire una niebla de color púrpura que ensombrecía los montes. Al marchar por el empinado camino de roca sintió sed y concluyó por echar mano al frasco del agua bendita. Entonces vió al niño tendido en las rocas llorando y pidiendo agua.

—¿Agua, eh? — dijo Schwartz.—No tengo ni la mitad de la que necesito para mí—y pasó de largo; pero en aquel mo-

mento notó que los rayos del sol eran más apagados, y vió una gran nube negra que se alzaba en el horizonte. Al cabo de otra hora de marcha volvió á sentir sed, y ya iba á echar otro trago de agua bendita, cuando vió al anciano tendido en el camino y pidiendo agua con voz lastimera.

—¿Agua, eh? — dijo Schwartz.—No tengo ni la mitad de la que necesito para mí.—Y siguió andando.

En tonces le pareció que se le apagaba la luz de los ojos, y al alzar la cabeza vió delante del sol una niebla de color de sangre. La nube negra estaba muy alta ya, y sus bordes se agitaban como las olas de un mar embravecido, proyectando largas y movibles sombras en el camino que seguía Schwartz.

Schwartz sintió de pronto un horror inexplicable, pero la sed de oro prevaleció sobre el miedo, y echó á correr. Y cuando llegó á la orilla del Río de Oro sus olas eran negras como nubes de tempestad,

pero la espuma era como fuego. Y en el momento de tirar el frasco al agua sonaron á un tiempo el rugido de las aguas y el trueno de las nubes.

El relámpago cegó sus ojos, la tierra cedió bajo sus pies y las aguas se cerraron sobre su cuerpo ahogando un grito de angustia que salía de sus labios. Y el zumbido del río sonó toda la noche furiosamente al saltar por encima de dos piedras negras.





CAPITULO V

Al ver Gluck que no volvía su hermano Schwartz, se puso muy triste y no sabía qué hacer. Como no tenía dinero se vió obligado á entrar á trabajar otra vez en casa del platero, el cual le hacía trabajar mucho y le daba muy poco dinero.

Al cabo de un par de meses Gluck se cansó y pensó ir á probar fortuna en el Río de Oro.

—El reyecito parecía muy bueno — pensó.—Yo creo que no me convertirá en piedra negra.

Con este pensamiento fué á ver al sacerdote, el cual le dió agua bendita en cuanto se la pidió. Luego puso Gluck en una cesta un poco de pan, cogió el frasco con el agua bendita y emprendió muy de mañana el camino de las montañas.

Si el ventisquero había fatigado mucho á sus hermanos, á él le fatigó veinte

veces más, porque no era tan vigoroso como ellos ni estaba acostumbrado á andar por las montañas. Sufrió varias caídas, perdió la cesta y el pan y se asustó mucho de los extraños ruidos que se oían bajo el hielo. Cuando hubo atravesado el ventisquero tuvo que echarse un buen rato en la hierba para descansar, de modo que cuando empezó á subir el monte era la hora de más calor. Al cabo de una hora de subida sintió una sed terrible, y ya iba á beber como sus hermanos cuando vió venir por la senda un anciano muy débil, apoyado en un bastón.

—Hijo mío—dijo el anciano,—estoy muriéndome de sed. Dame un poco de agua.

Gluck le miró, y cuando vió que estaba pálido y extenuado le entregó el frasco, diciendo:

—Tome usted; pero le suplico que no se la beba toda.

Pero el viejo bebió mucha, unas dos terceras partes, y le devolvió muy agradecido el frasco. Gluck siguió andando alegremente. El camino parecía más fácil; se veían algunas hierbas, y en los bordes cantaban varias chicharras. Gluck pensó que jamás había oído un canto tan alegre como aquél.

Siguió andando otra hora y empezó á molestarle la sed, hasta el punto de decidirse á echar un trago de agua; pero al llevarse el frasco á los labios vió en la orilla del camino un hermoso niño que lloraba lastimeramente pidiendo agua. Entonces Gluck luchó consigo mismo, y después de decidirse á aguantar la sed un poco más acercó el frasco á la boca del niño, el cual no dejó más que unas gotas de agua.

Después de haber bebido, el niño le dirigió una sonrisa, se puso de pie y echó á correr por el monte abajo. Gluck le vió alejarse hasta que parecía tan pequeño como una estrella. Entonces reanudó la caminata cuesta arriba notando que las rocas estaban cubiertas de verde musgo y de fragantes flores, sobre las cuales revoloteaban las mariposas, mientras que el cielo irradiaba una luz purísima. Gluck no se había sen-

tido nunca tan feliz como entonces.

Sin embargo, al cabo de otra hora de caminata, la sed volvió á hacerse intolerable, y cuando examinó el frasco vió que no quedaban más que cinco ó seis gotas, por lo cual no se atrevió á humedecerse los labios. Cuando volvía á colgarse el frasco en la cintura encontró un perrito tendido en las rocas con la boca abierta, como el que había encontrado Hans. Gluck se inclinó y le examinó. El río estaba ya á menos de quinientos metros. El muchacho se acordó de las palabras del enano: "Nadie lo conseguiría si fracasaba en su primera tentativa,, y trató de dejar al perro abandonado á su suerte, pero el animalito se quejaba tan tristemente, que Gluck volvió á mirarlo.

—Pobrecito—dijo,—si no le socorro ahora estará muerto cuando vuelva.

Entonces se fué acercando cada vez más, y como el perrito le miraba con mucha pena, Gluck no pudo más y exclamando: "¡Que se vaya al diablo el rey y su oro!,, destapó el frasco y echó en la boca del perro toda el agua que quedaba.

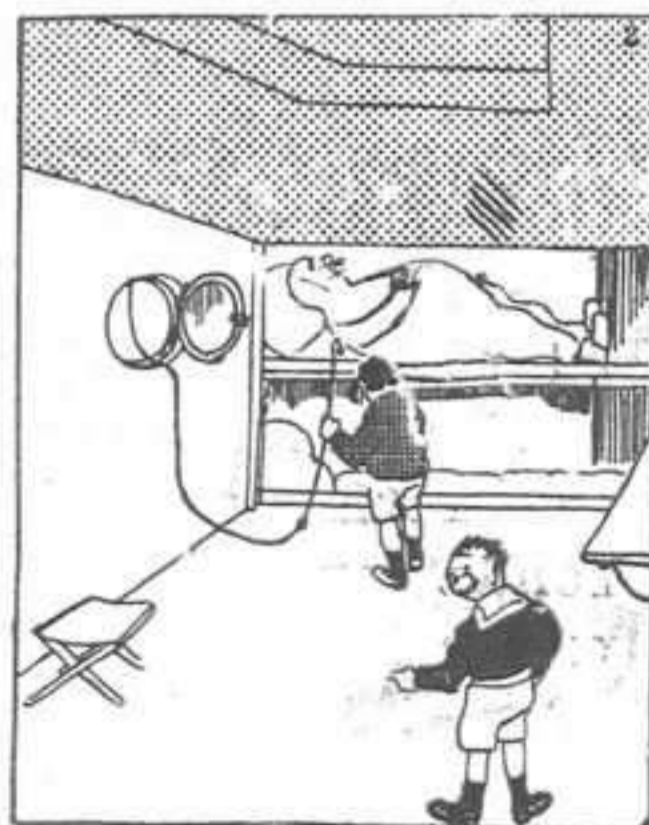
(Concluirá.)

¡BUENA PESCA!



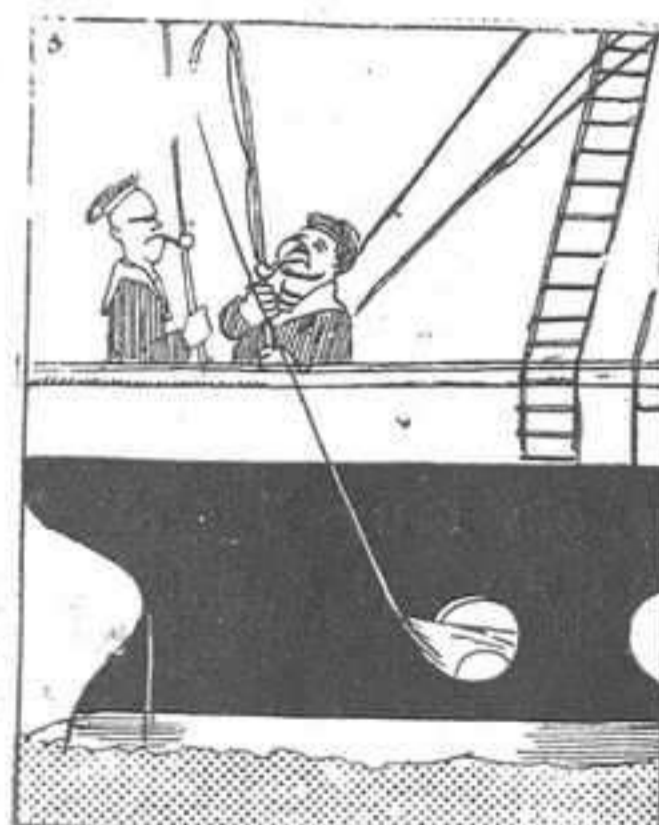
—Pues yo sin pescar nada no me quedo.

—Oye, verás qué pesca le vamos á proporcionar.



—Está durmiendo el capitán.

—En gánchale el anzuelo.



—¡Rediez lo que pesa!

—¿Si será un chalote?



—¡Será un ballenato!

—¡El capitán!

HISTORIAS BIBLICAS

SANSON



SANSON VENCIENTO AL LEÓN

Cuando nació Sansón sabía su madre, por una aparición que había tenido, que el niño había de llegar á tener una fuerza extraordinaria, y que libraría al pueblo de Israel de la opresión de los Filisteos. El niño había de dedicarse al servicio de Dios, no se cortaría nunca el pelo, y no bebería vino ni ninguna otra cosa de las que quitan la salud.

Ya de joven le salió un león al camino, y aunque Sansón no llevaba nada con que defenderse, esperó la acometida de la fiera, la cogió por la boca y la rasgó como si fuera una hoja de papel. Otro día encontró convertida en colmena la boca del león muerto por él, y cogió un panal de miel riquísima, de la cual comió. Esta ocurrencia le sirvió para proponer un problema á varios jó-

venes filisteos que fueron á felicitarle por haberse casado, á los cuales ofreció regalos si adivinaban el enigma siguiente: "Del comedor salió la comida, y del fuerte la dulzura,,. No pudieron, durante muchos días, los jóvenes filisteos descifrarle, y para no ser vencidos, acudieron á la mujer de Sansón, á la cual, con ruegos y amenazas, lograron sonsacase á su marido la solución. Los jóvenes filisteos se presentaron ante él y le dijeron: "¿Qué cosa más dulce que la miel, ni más fuerte que el león?,"

Comprendió Sansón lo que había ocurrido, y fué á Ascalón y mató á treinta hombres, entregando á los filisteos sus despojos, trajes y alhajas, después de lo cual abandonó á su mujer y volvió á casa de sus padres.

Pasado algún tiempo, se desvaneció su enojo y volvió á buscar á su esposa, pero su padre se negó á entregársela. Jurando vengar la ofensa, Sansón se separó de su suegro, y en seguida cogió trescientas raposas, juntó unas ó otras por las colas, y en medio ató tizones encendidos, soltando después á las raposas, las cuales entraron en los campos de los filisteos y les causaron infinitos daños.

Cuando los filisteos supieron que todo lo ocurrido era venganza de Sansón por la conducta de su mujer y de su suegro, para aplacar sus iras mataron á ambos, pero como no se calmase, se reunieron muchos para castigarle.

Atáronle fuertemente, y así le condujeron hasta el lugar llamado de la Quijada, donde, rompiendo Sansón sus ligaduras, con la quijada de un asno que halló á mano acometió á sus enemigos y dió muerte á mil de ellos.

Poco después era juez de Israel, cargo que ejerció veinte años.

Habiendo entrado en Gaza y habiendo cerrado las puertas de esta ciudad, los enemigos, para que no se escapase, cogió las dos hojas de la puerta con sus pilares y cerraduras, y cargándoselas sobre las espaldas llevólas á la cumbre de un monte, causando tal maravilla con ello, que los principales de los filisteos se presentaron á una mujer llamada Dalila, amiga de Sansón, para que le preguntase en qué consistía la virtud sobrenatural de sus fuerzas.

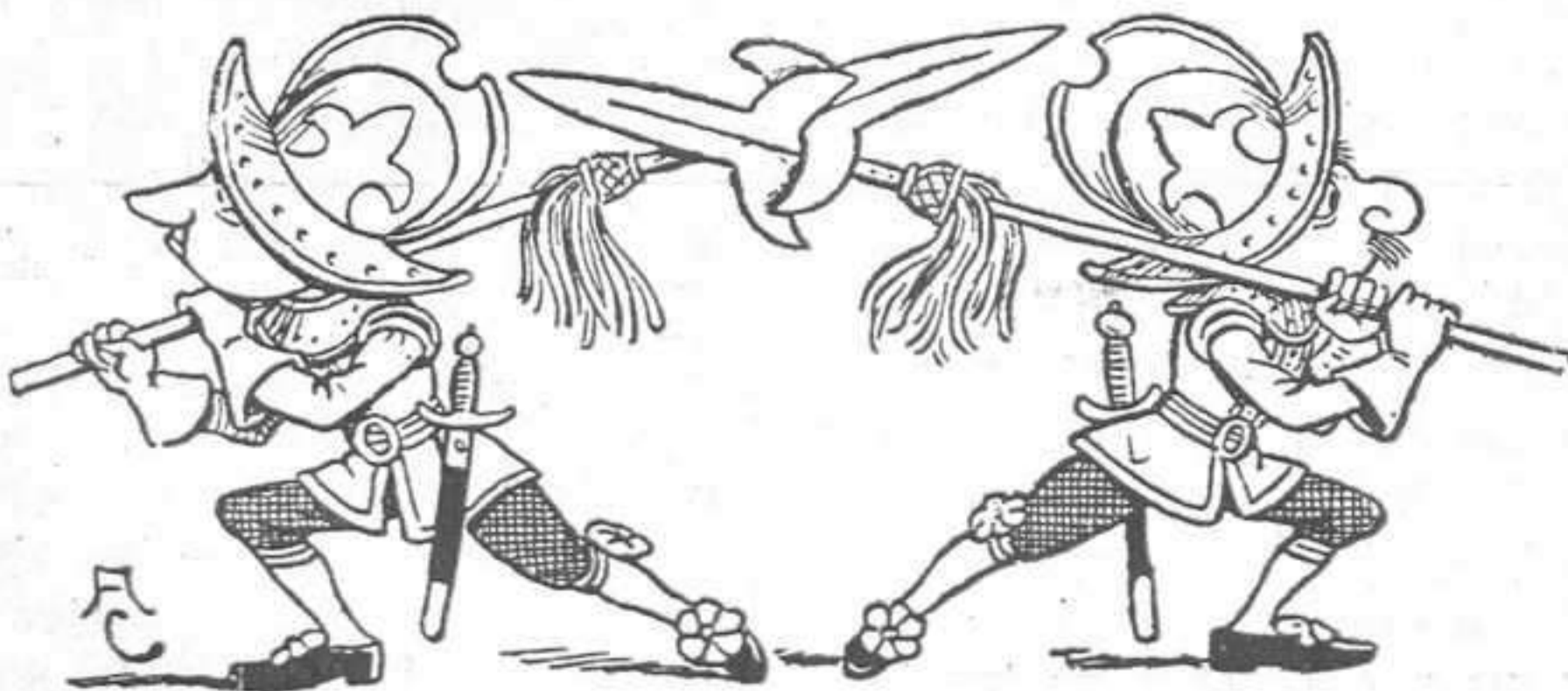
Sansón la engañó varias veces, pero al fin le declaró que toda su virtud consistía en ser nazareno, esto es, consagrado á Dios, y que si su cabeza fuera rapada, perdería sus fuerzas y quedaría como los demás hombres.

Apenas sabido esto por Dalila le cortó los cabellos á Sansón mientras dormía, con lo cual fué tarea fácil para los filisteos apoderarse de él. Sacáronle entonces los ojos, y agarrotado con fuertes cadenas, le llevaron á Gaza, donde le obligaron á trabajar como esclavo, dando vueltas á un molino.

Pasado algún tiempo, volvieron á crecerle los cabellos, y al mismo tiempo le aumentaron las fuerzas, tanto como antes, cuando era el terror de la gente filisteá. Pero como estaba ciego, no se atrevía á hacer nada contra ellas.

En esto ocurrió que los principales filisteos se reunieron para celebrar una gran fiesta, y para burlarse de Sansón le hicieron venir acompañado de su lazarillo. Entonces Sansón rogó á su guía que le dejase apoyarse en las columnas sobre las cuales descargaba todo el peso de la casa, y habiéndole conducido hasta ellas, invocó á Dios diciendo:

“Acuérdate de mí y restitúyeme mis primeras fuerzas para vengarme de mis enemigos,, y cogiendo las dos columnas añadió: “Muera Sansón con los filisteos,, y sacudiendo con gran fuerza cayó la casa sobre todos los que allí había, y así mató muchos más muriendo que en su vida.

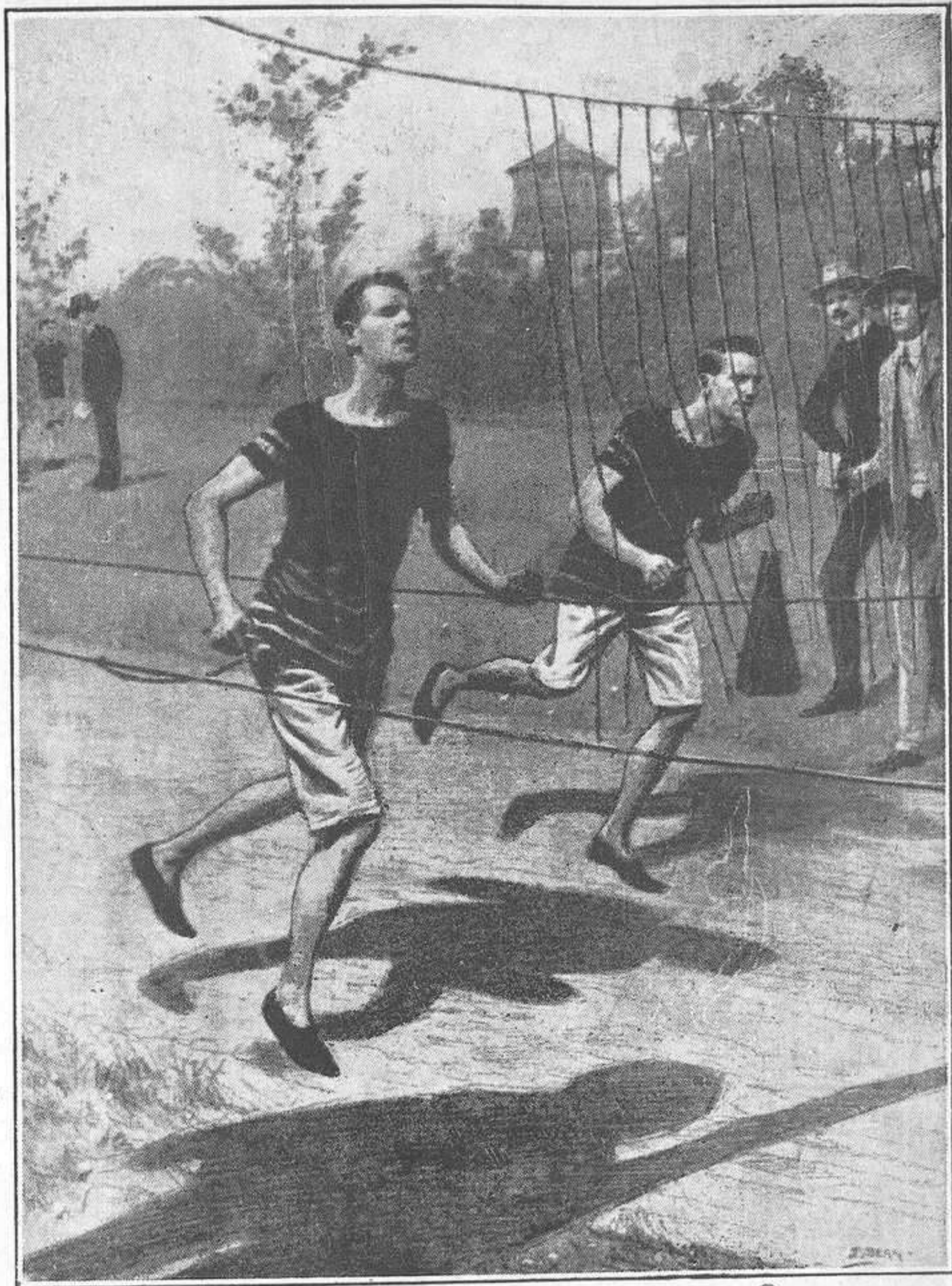


CA RRERAS DE CIEGOS A PIE

Antiguamente la situación de los ciegos era de las más tristes que podéis imaginaros. Para ellos no existían muchas de las diversiones que alegran la existencia de los que tenemos vista, no podían saborear por sí solos las delicias de un libro de recreo ó de estudio, no podían escribirse unos á otros y no podían aprender más que aquello que oían. Pero gracias á los estudios de varios hombres sabios y caritativos, ha mejorado bastante la situación de estos infelices condenados á vivir en una noche eterna. Se ha inventado un método que les permite leer libros no mirando las letras como nosotros, sino tocándolas con los dedos, porque son de

bulto; ellos mismos pueden escribirse con estos caracteres y los leen casi con tanta rapidez como nosotros leemos los nuestros, y así pueden estudiar y recrearse con la lectura.

Tampoco carecen de recreos, pero algunos como las carreras á pie estaban vedados para ellos. Pero gracias al ingenio de varios profesores, ya pueden dedicarse los ciegos á este interesante deporte, como veis en el grabado. Para que no se desvíen llevan cogida una ca-



dena que corre á lo largo de una cuerda tendida desde el sitio donde empieza la carrera hasta la meta y para que sepan cuándo han llegado á ésta se pone una línea de cuerdas colgadas, con las cuales tropiezan al llegar, sin hacerse daño. En un colegio de ciegos de Inglaterra y en una pista dispuesta como veis en el grabado, ha llegado á correr un ciego una distancia de cien metros en diez segundos. Este ciego es hoy, el campeón de los corredores á pie, ciegos.

Se arma una zaragata



1. A la imprenta va Juanito, á que le impriman lo escrito.



2. Y con engrudo y pinceles van á pegar los carteles.



3. Para mayor fundamento ponen el aditamento.



4. Hay una aglomeración de López en procesión.

á causa de una postdata



5. Que sin aguardar espera va invadiendo la escalera.



6. Y que al papá de Juanito le indica lo del escrito.



7. Y hasta hay quien le amenaza con una silla por maza.



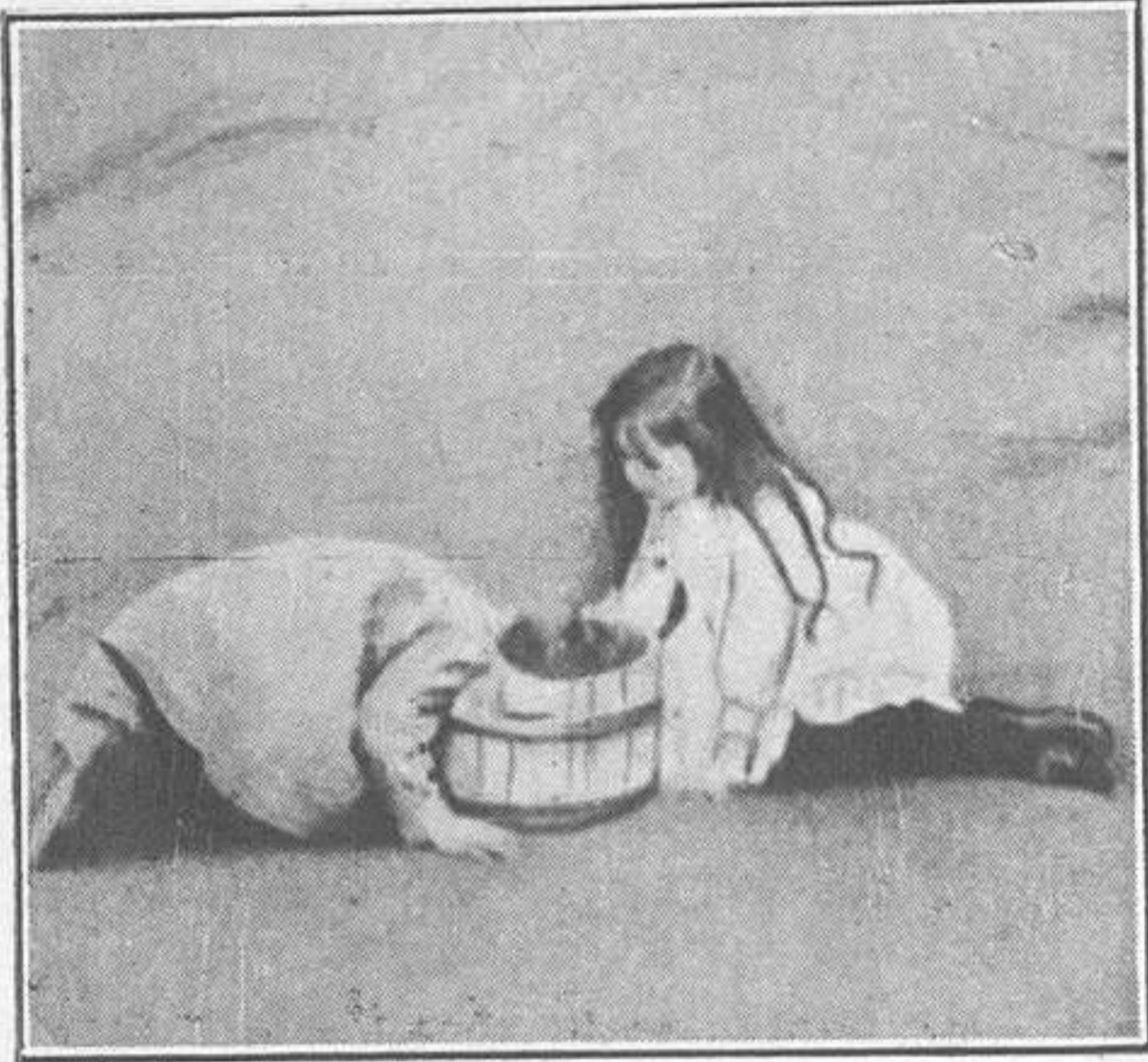
8. Sale el hombre del apuro, soltando el último duro.

EL ARTE DE DIVERTIRSE

Una fiesta infantil.

—¡Hoy es jueves! — dijeron Adelita y Miguelito abrazando á su hermana mayor.

—Y eso significa que queréis que



PESCANDO LA MANZANA

cumpla mi promesa de convidar á merendar á vuestros amiguitos y enseñaros los juegos que yo sabia de pequeña! —exclamó riéndose María, y besando á sus hermanitos, á quienes servía de mamá chiquita desde hacía mucho tiempo.

—Recuerda bien todo lo que hacías y haznos á nosotros lo mismo. ¡Que no se te olvide nada!—ordenaron los pequeños, y María, tomando papel y lápiz formó un magnífico programa para la fiesta.

—Hay que pedir prestados á la cocinera una silla de cocina, una tina pequeña, un tenedor, tres platos soperos, un cesto con unas cuantas manzanas, de las mejores, una zanahoria, un nabo y una patata, y además tres cabos de vela y un cuchillo de fruta—dijo María repasando la lista.—Vosotros—añadió.—te-

néis que ponerlos de trapillo, es decir, los vestidos peores.

A la hora señalada merendaban alegremente Adelita y Miguelito, en compañía de media docena de niños y niñas, muy alegres y muy listos, que charlaban por los codos, discutiendo los números del misterioso programa de recreos que les tenía preparados María.

Por fin llegó el ansiado momento. Los niños pasaron á otra habitación, donde sobre una mesa de madera lisa, sin tapete, se veían, en un extremo, una fila de platos soperos, y en el extremo opuesto tres cabos de vela, derechos, sobre tres platitos colocados en fila. Encima de una silla se veían tres blancas toallas afelpadas, y en el suelo una tina á medio llenar de agua, en la que flotaban unas cuantas manzanas sonrosadas. En un ángulo de la habitación había otra tina semejante con una silla de madera al lado, y sobre la silla un tenedor de acero, de trinchar. En el agua de esta



¡YA LA PESCAMOS!

segunda tina flotaba una manzana, una patata, una zanahoria y un nabo.

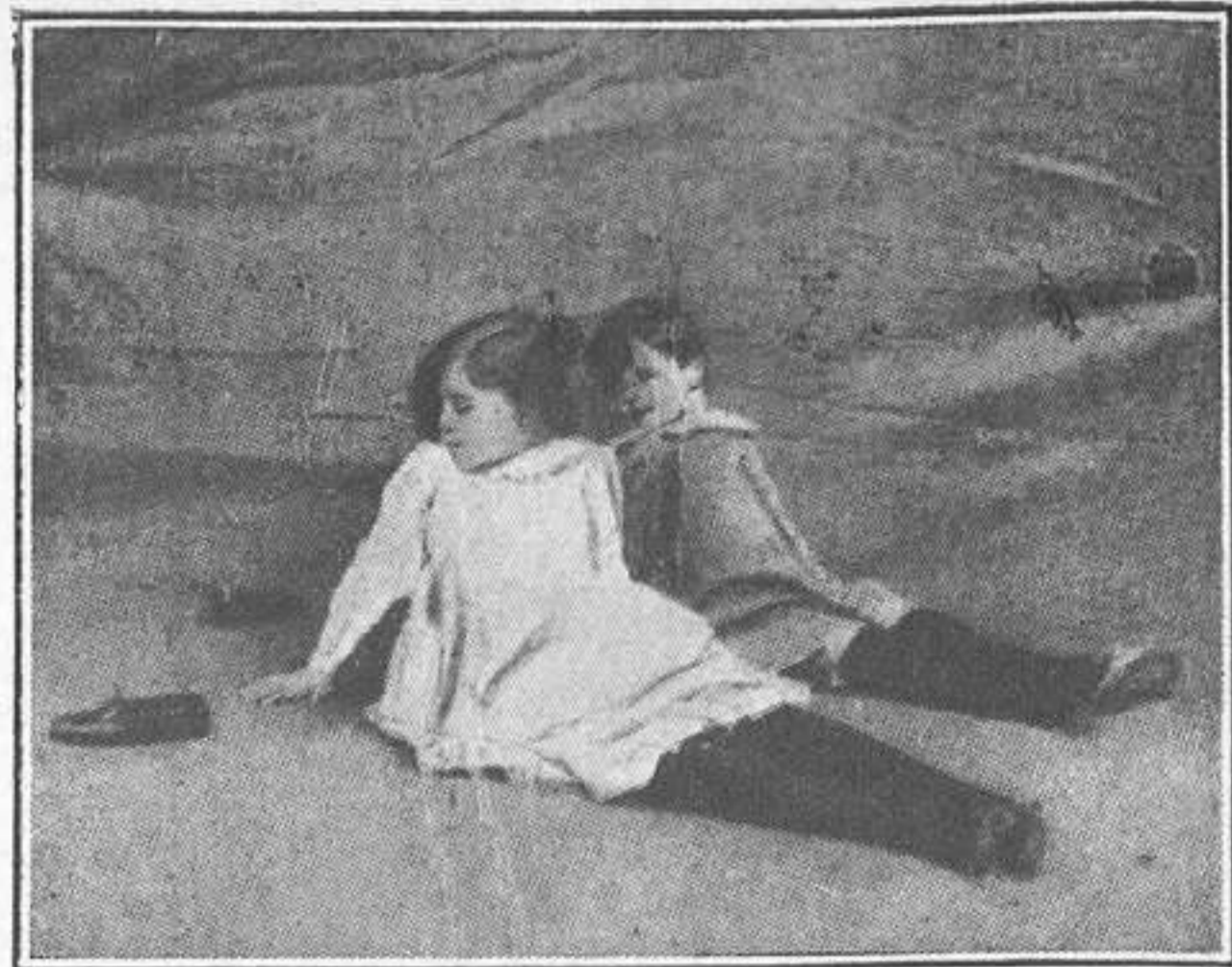
—¿Me puedo comer una?—preguntó Miguelito, corriendo al lado de la tina donde flotaban las manzanas.

—¡Tienes que pescarla buceando, pillín!—exclamó María riéndose y tirándole del borde del delantal. Luego, colocó, uno frente á otro, con la tina en medio, un niño y una niña, mandándoles que metiesen la cabeza en el agua, por turno y procurasen coger una manzana con la boca.

La empresa no era tan fácil como á primera vista parecía, pero después de muchos chapuzones, Miguelito y Carmencita aparecieron uno tras otro con una manzana entre los dientecllos.

Inmediatamente acometieron la pesca de la manzana otros dos competidores, mientras María daba unas buenas fricciones con una toalla á los mojados pescadores.

La escena se repitió hasta que todos



IRE DE VIAJE

los presentes hubieran pescado su correspondiente manzana, y entonces se puso la tina encima de la mesa.

—¡Ahora va á haber regatas!—anunció María, y trajo un par de abaniquitos de papel y dos cascarones de nuez con su correspondiente vela de papel.

Los niños, por parejas, se pusieron á abanicar y á soplar las diminutas embarcaciones, y el que la hacía llegar antes al punto señalado en el borde de la tina recibía como premio una nuez con encargo de guardarla para luego.

—¿A quién le gusta viajar?—preguntó María.

—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!—repitieron muchas vocecitas:

—Pues sentaos en fila en el suelo; quitaos el zapato ó la bota del pie derecho y teñedlo preparado para hacer lo que voy á deciros. ¿Estamos ya? Entonces tiradlos por encima del hombro izquierdo y veremos hacia qué lado cae la punta.

Cinco zapatos quedaron con la punta mirando hacia la espalda de su dueño, pero la del sexto, miraba hacia la pared. Era de Pèpita.

—¡Tú irás de viaje!—dijo María.—Los demás no saldrán de Madrid.—Este modo de averiguar si va uno á viajar ó no me lo enseñó un hada muy amiga mía.

(Continuará.)



LAS REGATAS

COMO SE HACEN LAS COSAS

Los alfileres.

—Vamos á sacar unos alfileres de la tierra.

¿Verdad que os reiríais mucho si oyé-
seis decir esto?



Estirando y suavizando el alambre
para hacer los alfileres.

Y, sin embargo, de la tierra se saca,
si no los alfileres, la materia con que se
hacen.

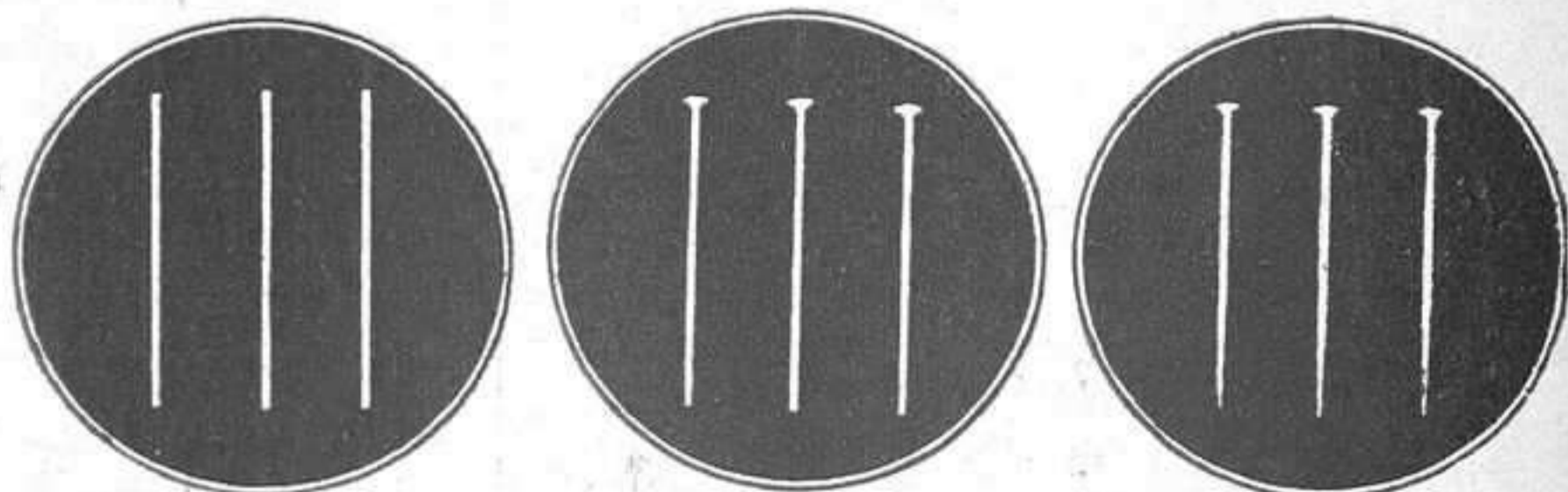
Los alfileres son tan baratos y se pier-
den con tanta facilidad, que nadie pien-
sa en el trabajo que cuesta hacerlos.
Los fabrica una máquina maravillosa.
Antes de inventarse esta máquina, ha-
cían falta catorce hombres para hacer
un alfiler, de modo que la máquina rea-
liza el trabajo de catorce hombres.

El alfiler blanco y limpio, que parece
de plata, es general-
mente de latón, y el la-
tón se hace mezclando
cobre y cinc, y éstos,
como todos los metales,
se sacan de la tierra.
Si viérais el latón con
que se hacen los alfile-
res, no creeríais posi-
ble que pudiera conver-
tirse en una cosa tan
aguda, brillante y pe-
queña como los alfile-
res. El latón hay que convertirlo pri-
meramente en alambre. Seguramente
vosotros habréis visto carretes de alam-

bre. El alambre tiene que entrar en una
parte de la máquina que lo estira y lo
pone rígido. Luego pasa á otra parte
del mecanismo, que lo corta al largo
debido. Después, cada trocito de alam-
bre es cogido por una especie de mano
de acero que tiene la máquina, y que
lo sujeta, mientras que un martillito le
golpea un extremo y lo aplasta. Así que-
da hecha la cabeza del alfiler.

Después hay que hacer la punta, para
lo cual, la misma máquina lleva el al-
filer á otro sitio, donde unas limas pe-
queñas lo aguzan y lo suavizan, y, por
último, otros mecanismos le quitan los
rebordes y lo echan en una caja.

Ya tenemos convertido en alfiler un
trocito de alambre de latón, pero es de
color amarillo, por lo cual hay que co-
ger los alfileres y echarlos en una cal-
dera que da vueltas muy deprisa. Esta
caldera tiene un líquido plateado, del
cual salen los alfileres después del baño,
cubiertos con lo que llamamos níquel,
y que les da el aspecto de alfileres de
plata. En cuanto los alfileres se secan,
están en disposición de usarse, mas para
manejarlos mejor, se echan en otra má-
quina que los prende en un papel, for-
mando filas muy igualitas, que es como
los venden en la tienda.



En estos tres grabados se ven los alfileres en tres estados sucesi-
vos. La máquina corta primeramente trocitos de alambre, luego le
hace la cabeza y por último les saca punta.

Nadie sabe adónde van á parar los
alfileres. Si fuera posible encontrar y
reunir todos los que se pierden, forma-

rían montones grandes como montañas.

Los alfileres, tal como hoy los conocemos, aunque no tan finos ni acabados, aparecieron en Francia á mediados del siglo XV. Eran de oro, plata, cobre y hierro y de tamaño gigantesco comparados con los que se usan ahora.

A pesar de no haber en aquel tiempo ferrocarriles ni vapores, los españoles viajaban mucho por Europa y no tardaban en traer alfileres, los cuales, como todas las cosas útiles, fueron muy bien recibidos y su uso se extendió rápida-



La caldera donde se bañan los alfileres para que se pongan blancos.

mente en España, lo mismo que en todo el mundo civilizado.

Al principio no los usaban más que las señoras de elevada posición; pero las máquinas los abarataron de tal modo, que hoy los gastamos todos y los desperdiciamos sin cuidado alguno, por su abundancia y su poco precio.

La máquina de hacer alfileres produce 150 cada minuto, de modo que trabajando las veinticuatro horas del día pueden hacer

216.000, y en un mes, ¡más de "seis millones y medio,,!

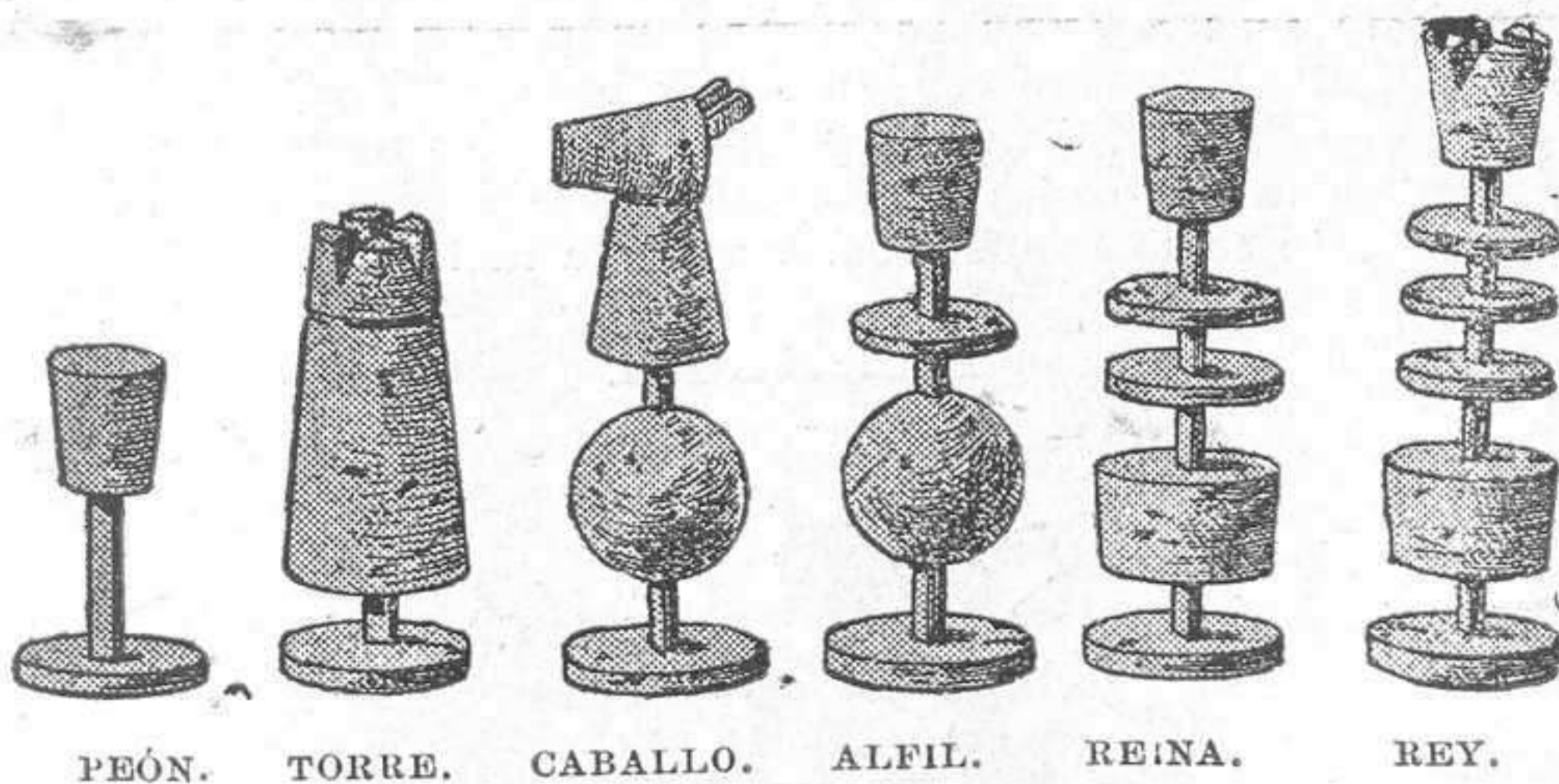


UN AJEDREZ DE CORCHO

Es muy fácil construir en casa y sin gasto ninguno un juego de ajedrez completo. Para ello no hacen falta más que unos tapones de corcho de diferente grueso y unos palitos delgados y muy

un cortaplumas y una hoja de papel de lija del 0. El material no es complicado.

Hay que fabricar las piezas y el tablero; comencemos por las piezas. Se necesitan 2 reyes, 2 reinas, 4 alfiles, 2 ca-



derechos, por lo tanto los materiales no son nada de caros, suponiendo que no los haya en casa.

Como herramientas se necesitan una escofina pequeña, un punzón de hierro,

ballos, 4 torres y 16 peones. Como se ve por las figuras del grabado no hay que hacer sino cortar discos y remates de corcho.

Con la navajita se cortan las almenas

de las torres y la corona de los reyes, y para esto es preciso que la herramienta corte como una navaja de afeitar. Si es posible, es mejor emplear una navaja de esta clase, porque el corte sale más limpio. El corcho, aunque blando, embota en seguida el filo y hay que pasar éste con frecuencia por una piedra engrasada.

Para los caballos se cortan unos taponcitos en bisel y se fijan con dos alfileres largos en los tapones grandes. Con un par de astillitas sacadas de un mondadientes se imitan las orejas.

En cuanto á las bolas que forman parte de los alfiles y de los caballos, se hacen cortando primeramente un cubo de corcho, quitando después las aristas y escofinándolos y lijándolos por último para darles la forma esférica. Encajar las piezas de corcho en las varitas verticales para formar las figuras no es cosa difícil, pero requiere una preparación, porque pretender hacer pasar las varitas á través del corcho, empujando sencillamente, es exponerse á rajar las piezas ó por lo menos á ponerlas torcidas. Por eso hay que empezar por atravesar los corchos con un punzón ó una lezna de grueso algo menor que las varitas, calentando al rojo el hierro en una lamparita de alcohol. Las piezas de la cabeza de las figuras sólo se atraviesan hasta una mitad de su altura. Luego con un palillo de dientes se limpia bien el agujero y al meter las varitas se les da un poco de goma fuerte como Syndetikón.

Una vez seco todo se raspan las asperezas que pueda haber dejado la goma y se pintan con tinta china la mitad de las piezas: un rey, una reina, dos alfiles, dos torres, dos caballos y ocho peones. Hay que empelar tinta china, porque la tinta ordinaria se destiñe si se toca con los dedos húmedos, mientras que la otra tinta es inalterable y no mancha las manos.

Como el corcho pesa muy poco conviene pegar debajo del disco de la base otro disco de plomo laminado de un milímetro de grueso. Con veinte céntimos de plomo podrán prepararse todas las piezas dándoles una estabilidad perfecta.

Para dar mejor aspecto á las piezas, se tapan con cera fundida los agujeritos de la superficie del corcho y se pinta la mitad del juego con barniz negro y la otra mitad con barniz blanco.

Debajo de los discos de plomo se pega un trocito de paño y después se recorta todo alrededor.

Para hacer el tablero se traza con lápiz y regla en una tabla blanca una serie de cuadros y se pintan con tinta china los cuadros negros. Cada uno de los cuadros debe tener por lo menos dos milímetros más de ancho que el pie de las piezas.

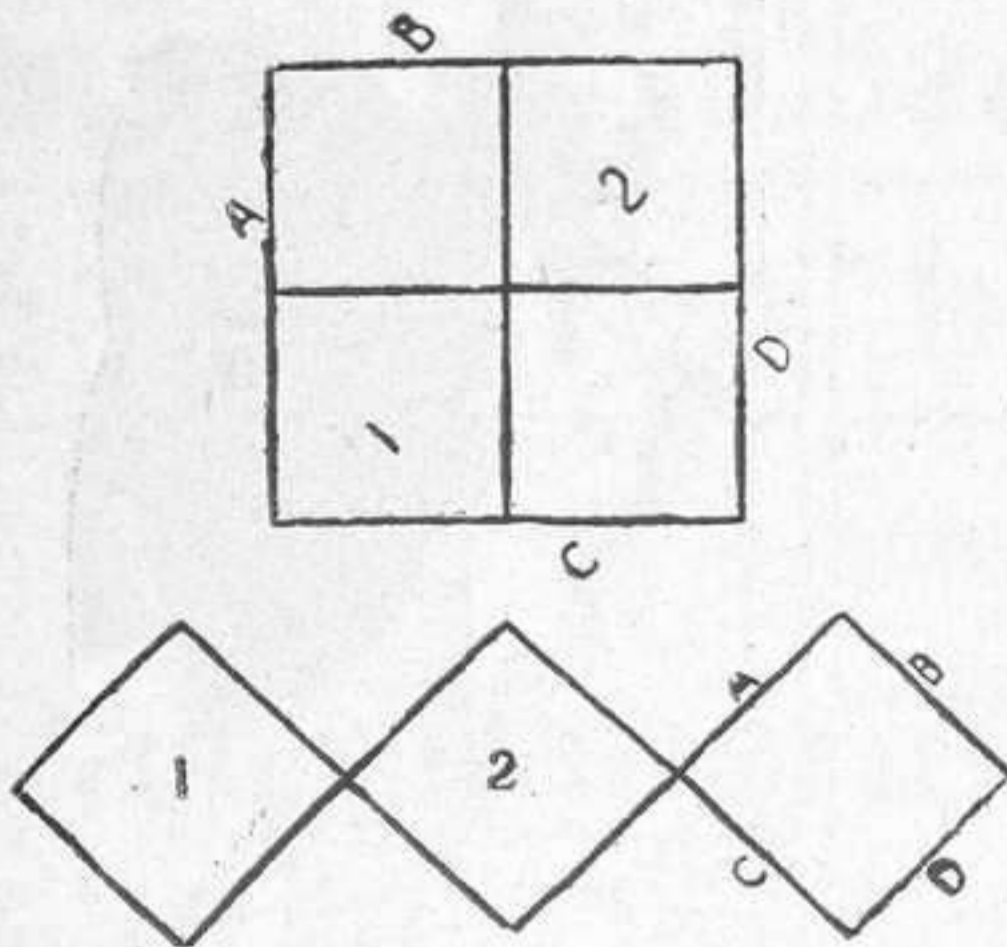
También se pueden trazar los cuadros en un papel y pegarlo luego en la tabla, mas por la dificultad de conseguir que el pegado sea perfecto y no haga bolsas el papel, es preferible trazar el tablero sobre la tabla misma.



PROBLEMAS Y RECREOS

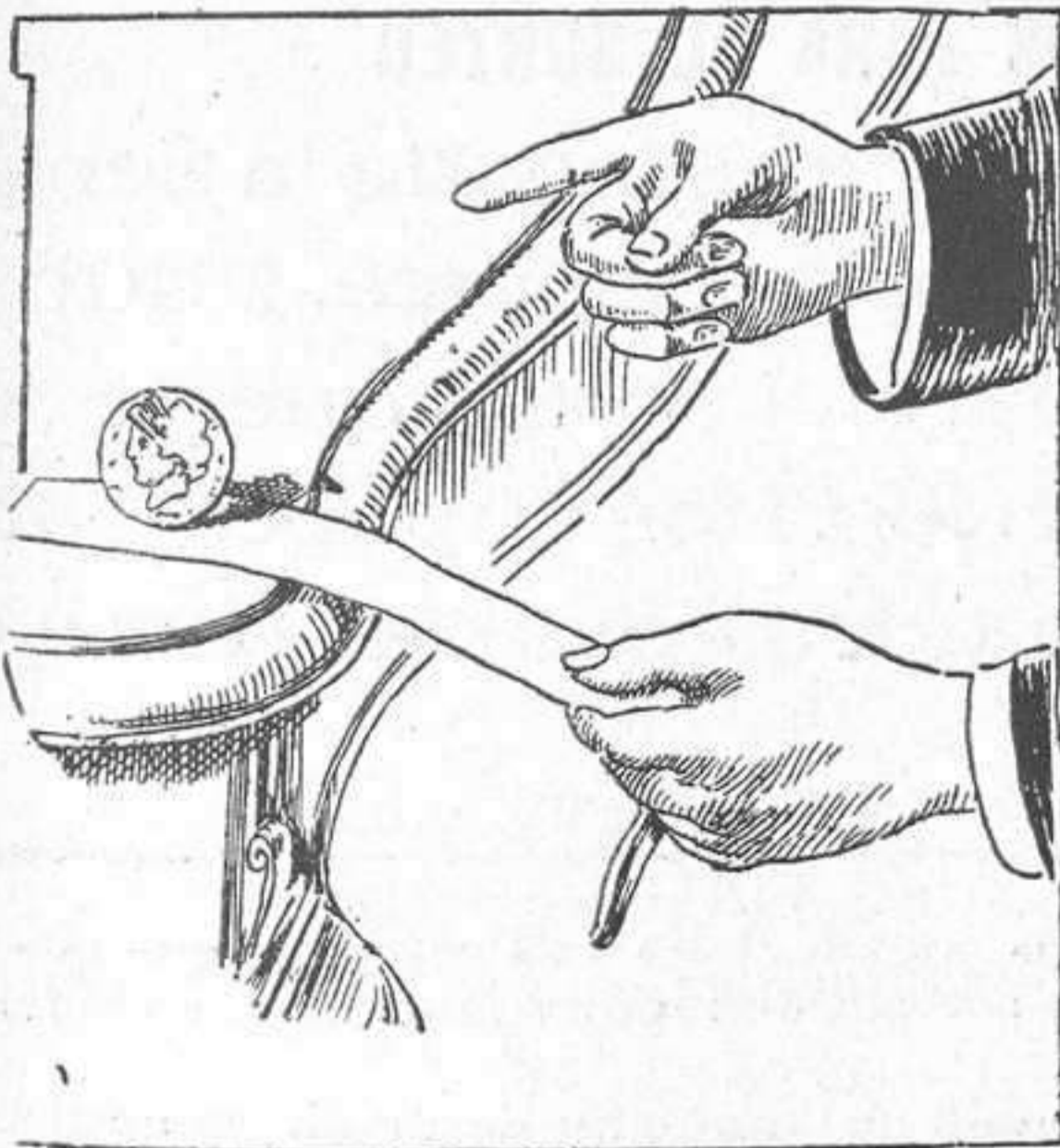
LOS TRES CUADRADOS

SOLUCIÓN,



Se quitan los palillos A, B, C, D y se colocan como se ve en el dibujo de la parte inferior para formar el tercer cuadrado.

LA MONEDA EQUILIBRISTA Recreo.



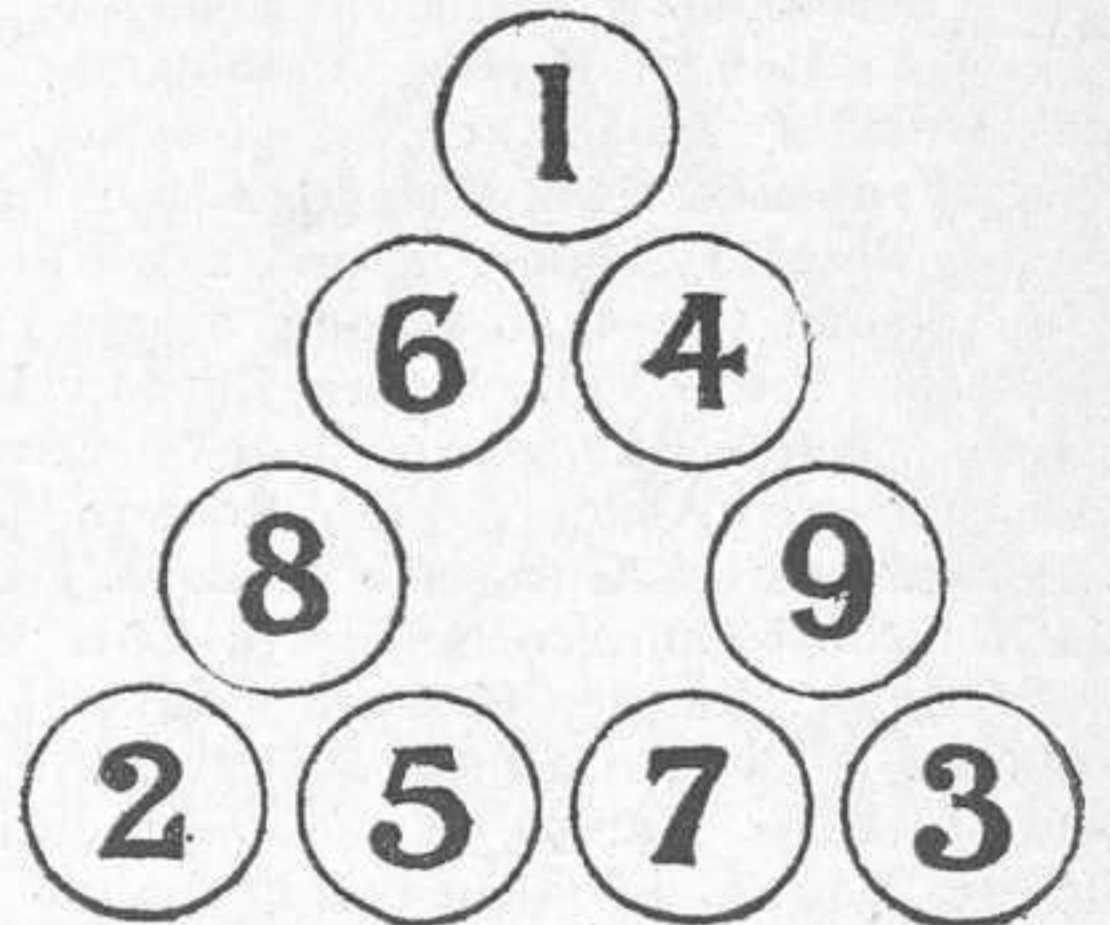
Póngase una tira de papel en el borde de una mesa, y colóquese sobre ella un duro de canto, como se ve en el dibujo.

Cójase el papel con la mano izquierda y désele un golpe fuerte con el dedo índice de la mano derecha. Si el golpe se da bien, queda libre el papel y la moneda no se cae.

CAMBIO DE DISCOS

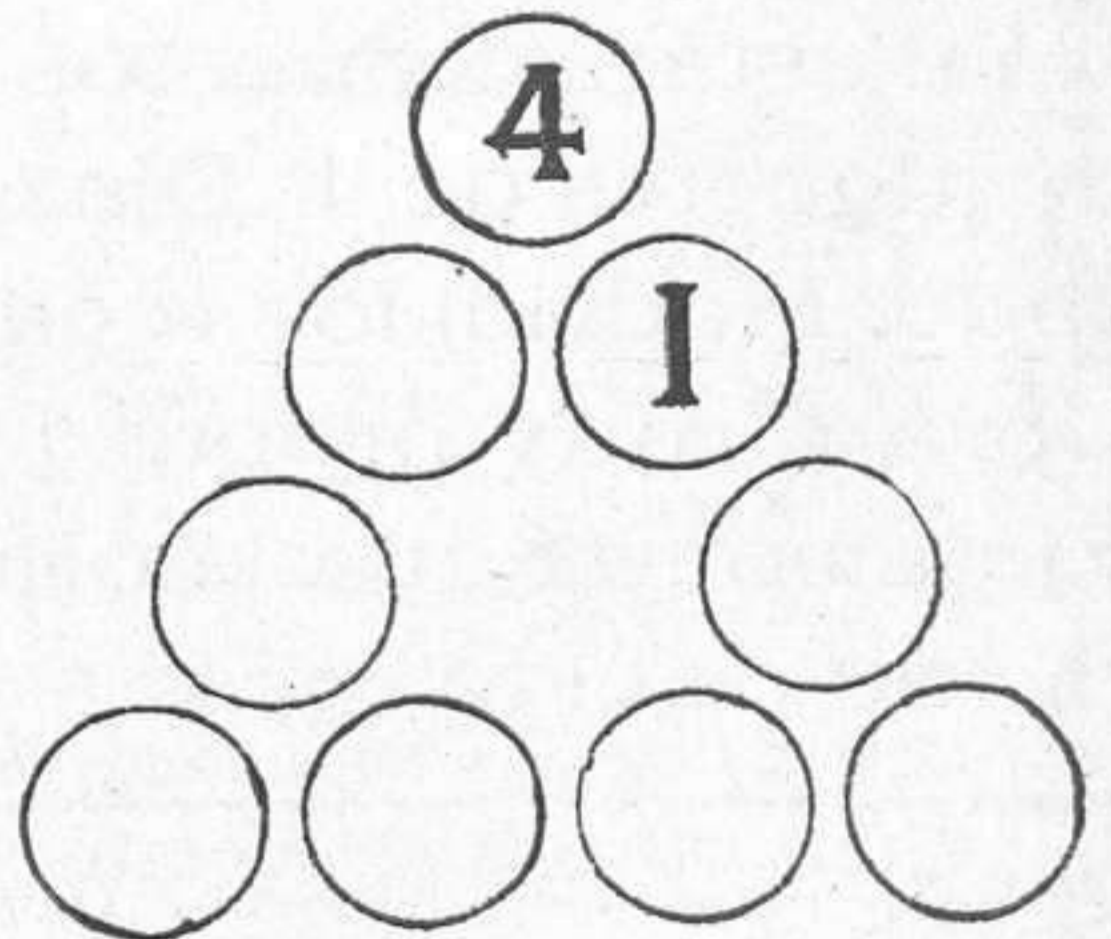
PROBLEMA

No se trata de discos de gramófono, sino de discos numerados.



Aquí tenemos nueve discos numerados, del 1 al 9, y colocados en forma de triángulo. Si sumáis los números de cada uno de los tres lados del triángulo veréis que suman 17.

Ahora supongamos que cambian de sitio los discos 1 y 4, y quedan así:



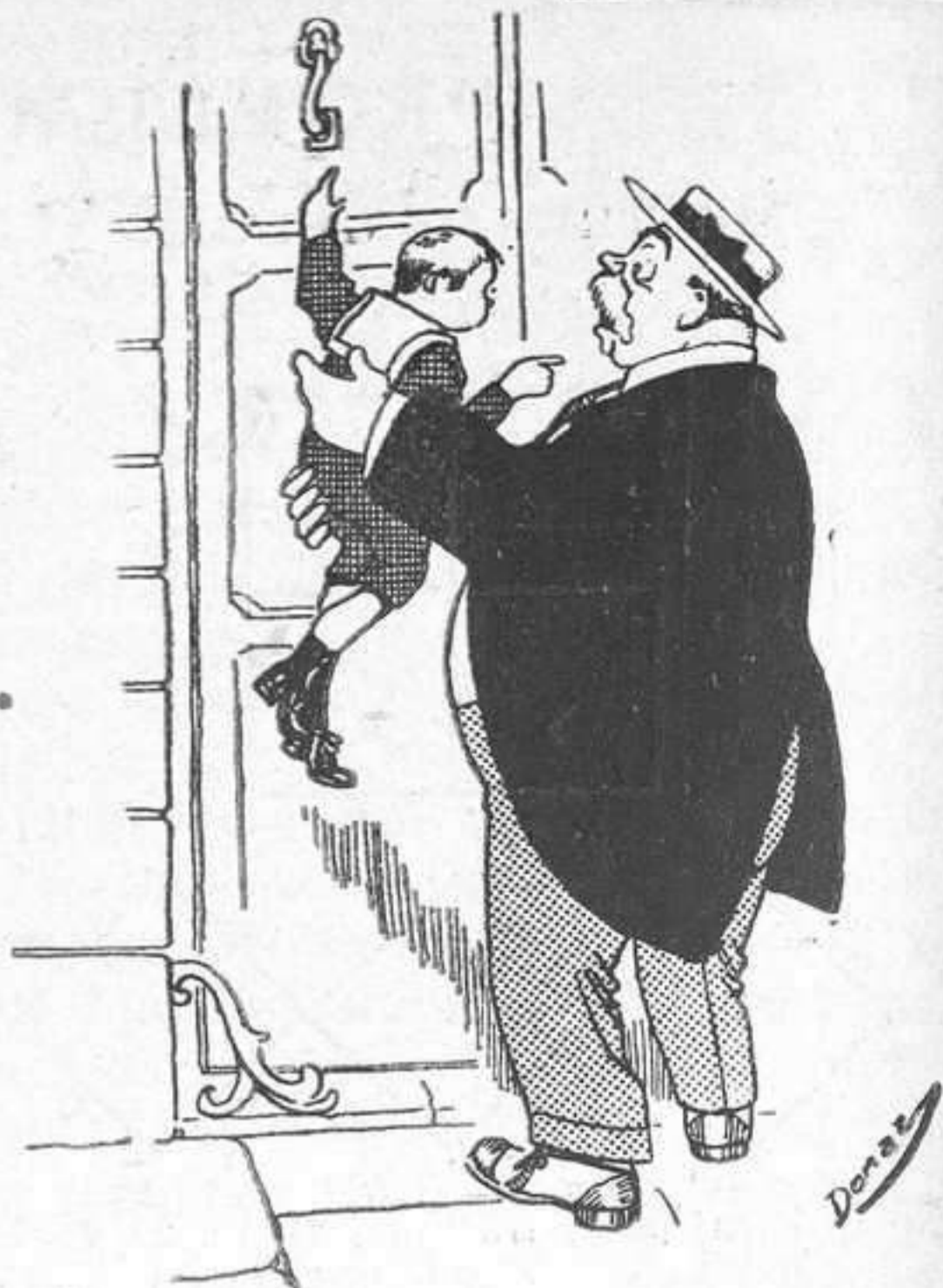
Y aquí está el problema. Hay que volver á formar el triángulo con los siete restantes discos, pero ordenándolos de manera que sumados los números de cada uno de los tres lados den el mismo total.

*

Han enviado soluciones del problema "Los cuadros de monedas"

Francisco Marchón Gayón, Almería; Alfredo Marquené, Segovia; Antonio Alvarez García Prieto, Santander; Antonio Due Ro-

jo, Málaga, Tomás Galán, Oviedo; J. Luis Domínguez, Málaga; Juanito Borges, Sevilla; José Pernas, Mondoñedo; Angel Belver, Almería; J. P., Barcelona; Diego Moreno Casares, Granada; José Carmen, Barbastro; Venancio González, Medina del Campo; Andrés Mercado León, Sevilla; Andrés Gamboa, Ciudad Lineal; José María de Bordons, Reus; Fernando y Rodrigo Echagüe, San Sebastián; Román Ercilla, Valladolid; Manuel Morales, Albacete; Noé Acevedo, Cáceres; Francisco Sanz Casado, Jaén; Lolita Longué, Serafín Adame, Angelita y Carmen de la Fuente, Cayetano García Alonso, Nestor Pérez, Pedro Valavázquez Zurdo, María y Luis Tirado Balmaseda, José y Carmen Romero Pérez, Angel y Luis Romero Encinas; Juan, Angel, Guillermo é Isabel Cabrera; Ricardo Camarero Scarlatti, Luis Guallart Santos, Federico Pascual y Roncal, José López Nieves, Carmen Martínez Bravo, Juan José de Marcos, Antonio Martín de Marcos, Miguel de Guzmán, Fernando Rebelles Acosta; Agustina Costa, Barcelona; Concha Fernández, Vitoria; Enrique Fernández, Vitoria.



—¿Has llamado ya, nene?

—Sí, señor; y ahora vamos á echar á correr... porque nos tirarán agua.

EXPOSICIÓN DE REGALOS PARA EL SORTEO

Ya están expuestos en el escaparate de la tienda de juguetes de J. Díaz D. (calle de Sagasta, 7 duplicado, Madrid) los regalos para el sorteo que se celebrará muy pronto. Id á verlos. Los cupones para tomar parte en el sorteo, pueden enviarse hasta el día 20 de este mes.

Según disposición del Señor Delegado de Hacienda de la Provincia, que nos ha sido notificada, no podemos anunciar nuevos sorteos de regalos mientras no resuelva este asunto la Superioridad.

Por esta causa nos vemos en la imposibilidad de anunciar desde ahora un tercer sorteo de regalos, pero no obstante, será conveniente que nuestros amigos guarden el cuponcito que publicaremos en la cubierta de todos los números como va en el presente.

Estos cuponcitos no tienen más objeto que servir de justificante de haber comprado los números, por si la Hacienda resuelve favorablemente el asunto, ó hallamos el medio de obsequiar á nuestros favorecedores, sin faltar á disposiciones oficiales, contra las cuales protestamos, por no estar justificada por causa alguna la prohibición de hacer regalos en la forma que veníamos haciéndolos.

El mejor regalo
que podéis hacer
á vuestro hijo

es un ejemplar de

Para saberlo todo
Para recordarlo todo

Enciclopedia de conocimientos útiles.

Segunda edición notablemente aumentada y corregida.

1.000 páginas de texto.—800 grabados

10 pesetas ejemplar.

POSEYENDO ESTA OBRA PODRÁ ALCANZAR UN ALTO GRADO
DE CULTURA EN TODOS LOS RAMOS DEL HUMANO SABER

Los grabados y mapas despiertan en el muchacho el gusto artísti-
co y son motivos para que lea con gusto los acontecimientos, datos,
inventos, etc., á que las ilustraciones se refieren.

De venta en todas las librerías ó en la casa editorial

Hijos de Santiago Rodríguez
Burgos

J. DÍAZ D.

Fábrica de juguetes y coches de niño
SAGASTA, 7 DUP.

(Talleres: Gaztambide, 55.)

Coches plegables de

fabricación nacional y

extranjera. Diferentes

modelos. Desde 75 pe-

setas con ruedas de

goma. Peso de 12 á

15 kilogramos.



Esta casa tiene el placer de comunicar á sus favorecedores que ha recibido de Alemania una bonita colección de juguetes, y podrá, á pesar de la guerra y consiguiente paralización del comercio Alemán, ofrecer las novedades que hubieran llegado para Reyes, además de los juguetes de su fabricación.

MANUEL ORTIZ

Cafés de Puerto Rico, Caracollillo y Moka y Chocolates elaborados á mano
Preciados, 4.-Teléfono 1470.-Madrid.

Bombones, Caramelos y Galletas.

Número 22.

Los Muchachos.